

**RELATO DE MI VIDA**  
Thomas Mann



Yo nací en Lübeck el año 1875. Fui el segundo hijo del matrimonio formado por Johann Heinrich Mann, mercader y senador de la Ciudad Libre, y de su esposa Julia da Silva-Bruhns. Así como mi padre era nieto y biznieto de ciudadanos de Lübeck, mi madre, en cambio, había venido al mundo en Río de Janeiro; era hija de un alemán propietario de plantaciones y de una brasileña criollo-portuguesa, y fue trasladada a Alemania cuando tenía siete años. Mi madre poseía un tipo netamente latino, había sido, en su juventud, una belleza muy admirada y tenía una gran sensibilidad para la música. Si me pregunto de dónde proceden, hereditariamente, mis aptitudes, tengo que recordar el famoso verso de Goethe y decir que de mi padre me viene «la seriedad en la conducta», y de mi madre, en cambio, «la naturaleza jovial», es decir, la inclinación hacia el arte y lo sensible, y el «gusto de fantasear», en el más amplio sentido de la palabra.

Fue la mía una infancia mimada y feliz. Los cinco hermanos, tres muchachos y dos chicas, vivíamos en una elegante casa de la ciudad que mi padre había edificado para sí y para su familia; disfrutábamos además de un segundo hogar en la antigua casa de la familia, situada junto a la iglesia de Santa María; en ella residía únicamente mi abuela paterna, y hoy es objeto de la curiosidad de los visitantes, conociéndosela como «la casa de los Buddenbrook». Los períodos más felices de mi infancia eran, sin embargo, las semanas de vacaciones que pasábamos todos los años, durante el verano, en Travemünde. Por la mañana nos bañábamos en la playa de la ensenada que allí forma el Báltico, y las tardes las

pasábamos a los pies del templete de música situado delante del hotel, por el cual sentíamos un amor casi tan apasionado como por los baños. El ambiente idílico, refinado, cobijador y apacible de esta estancia allí, con sus comidas de varios platos en la *table-d'hôte*, me satisfacía de un modo indescriptible, favoreciendo mi inclinación —sólo mucho más tarde medianamente corregida— por la pereza soñadora. Y cuando aquellas cuatro semanas, que al principio parecían interminables, se acababan y teníamos que volver a casa y reanudar la vida ordinaria, un suave dolor de compasión para conmigo mismo me desgarraba el corazón.

Por la escuela sentía aborrecimiento, y nunca me sometí a sus exigencias. La despreciaba como ambiente, criticaba los modales de sus directivos y pronto me encontré en una especie de oposición literaria a su espíritu, a su disciplina y a sus métodos de enseñanza. Mi indolencia, acaso necesaria para mi particular desarrollo; mi necesidad de disponer de mucho tiempo libre para estar ocioso y leer con tranquilidad; una verdadera pereza de mi espíritu, que todavía hoy padezco, me hicieron odiar la sujeción escolar, llevándome a hacer tercamente caso omiso de ella. Es posible que la rama humanística hubiese estado más acorde con mis necesidades espirituales. Pero como se me destinaba a comerciante —e incluso, originariamente, a heredero de la empresa—, asistía a los cursos no humanísticos del Katharineum. Sin embargo, permanecí allí sólo hasta conseguir el diploma que me autorizaba a hacer un único año de servicio militar como voluntario, es decir, hasta el momento de pasar al quinto curso.<sup>1</sup> Durante casi todo el tiempo que duró este período estacionario y desagradable de mi vida, una gran amistad me unió con el hijo de un librero, declarado en quiebra y ya

---

1. Adaptando los grados del bachillerato alemán a los del español de hoy, puede decirse que Thomas Mann sólo estudió hasta «bachillerato elemental». Todas las notas son del traductor.

fallecido, amistad que se fortalecía con los sarcasmos y las burlas absurdas, de un humor negro, que lanzábamos contra el «todo» y, en especial, contra «el establecimiento» y sus funcionarios.

En la consideración de éstos me perjudicó mucho la circunstancia de que yo «escribiera poesías». En este punto no había sido yo lo bastante discreto, probablemente por vanidad. Un romance dedicado por mí a la heroica muerte de Arria, *Paete, non dolet*, con el que me había estado luciendo ante un compañero, y que éste había entregado, en parte por admiración y en parte por mala idea, al catedrático, hizo advertir claramente a los superiores, ya en el cuarto curso, mi carácter especial y contrario a los reglamentos. Yo había empezado escribiendo comedias infantiles, que representaba, junto con mis hermanos más jóvenes, ante mis padres y tías. Vinieron luego poesías, dedicadas a un querido amigo, el cual ha adquirido cierta vida simbólica en mi relato *Tonio Kröger*, con el nombre de Hans Hansen; en la realidad, sin embargo, este amigo mío se entregó más tarde a la bebida y tuvo un triste fin en África. Ignoro qué se ha hecho de mi compañera de las clases de baile, que lucía unas trenzas morenas y a la que estuvieron consagrados mis posteriores poemas amorosos. Sólo mucho más tarde llegué a componer narraciones, después de haber atravesado incluso una fase en que escribí críticas y ensayos. En efecto, en una revista estudiantil, de carácter poco escolar, titulada *La Tormenta de Primavera*, que, junto con algunos revoltosos alumnos de sexto curso, publiqué en quinto, yo brillaba sobre todo como redactor-jefe, con trabajos de índole filosófico-revolucionaria.

Hace cinco años (con ocasión del séptimo centenario de la Ciudad Libre) volví a encontrarme en Lübeck con mi profesor de alemán y de latín en cuarto curso. A este profesor ya jubilado, de pelo blanco como la nieve, le dije que, desde

luego, yo había producido siempre la impresión de ser un completo holgazán, pero que, en el fondo, había sacado mucho provecho de sus clases. Para demostrárselo le repetí la frase, siempre igual, con que acostumbraba a ensalzarnos, como lectura incomparable, las baladas de Schiller: «Esto no es lo primero de lo bueno que ustedes leen; es lo mejor que ustedes pueden leer». «¿Eso decía yo?», exclamó, y le divirtió mucho.

Mi padre murió relativamente joven, a causa de una septicemia, cuando yo contaba quince años. Gracias a su inteligencia y a su formación intelectual había sido un personaje muy apreciado, popular e influyente en la ciudad, pero desde hacía años no sentía ya ningún gusto en ocuparse de la marcha de sus negocios privados. Por ello, tras sus funerales, que en punto a honores y a concurrencia de gente superaron todo lo que se había visto en este orden desde mucho tiempo atrás, nuestra empresa de cereales, más que secular, fue disuelta. También vendimos nuestra casa de la ciudad, como habíamos hecho ya antes con la de mi abuela. De este modo cambiamos la espaciosa residencia en cuyo salón de baile, de piso de *parquet*, los oficiales de la guarnición habían cortejado a las hijas de los patricios, por un chalet más modesto, con un jardín, situado en las afueras. Muy pronto, sin embargo, mi madre abandonó la ciudad. A ella le gustaba el sur, las montañas, Múnich, que había conocido en el curso de viajes realizados junto con mi padre, y allí se trasladó con mis hermanos menores; a mí, en cambio, para que terminase provisionalmente mis estudios, me dejó como pensionista en casa de un profesor del Instituto, donde conviví con muchachos hijos de aristócratas y de terratenientes de Mecklenburgo y de Holstein que en Lübeck asistían a la escuela.

De esta época conservo un placentero recuerdo. La «institución» no esperaba ya nada de mí; por ello me abandonó

a mi propia suerte, que para mí mismo era completamente oscura. Mas su inseguridad no conseguía inquietarme, pues, a pesar de todo, yo me veía sano e inteligente. Asistía a las clases, pero por lo demás vivía a mi aire, por así decirlo. Con mis compañeros de pensión, en cuyos prematuros banquetes estudiantiles participé algunas veces con una alegría desbordante y campechana, me entendía bien. Después, una vez conseguida la meta de mi educación escolar, con la cual me conformaba, seguí a mi familia a la capital de Baviera. Y allí —llevando en mi corazón la palabra «provisionalmente»— ingresé como meritorio en las oficinas de una compañía de seguros contra incendios, cuyo director había dirigido antes en Lübeck un negocio similar y había sido amigo de mi padre.

¡Curioso episodio! Allí, entre empleados que tosían acatarrados, yo copiaba formularios de pólizas y a la vez escribía a escondidas, sobre mi inclinado pupitre, mi primer relato, una novela corta titulada *Caída*, que me proporcionó mi primer éxito literario. No es sólo que se publicase en la misma revista, de tendencias socialistas y naturalistas, titulada *La sociedad*, de M. G. Conrad, que me había publicado ya una poesía en la época en que aún asistía yo a la escuela, y que aquel relato gustase a gentes jóvenes; es que además me valió una carta calurosa y alentadora de Richard Dehmel, e incluso, poco después, la visita del admirado poeta en persona. Su humanidad, propicia al entusiasmo, había percibido huellas de talento en aquella producción mía, completamente inmadura, pero acaso no falta de ciertas cualidades melódicas, y desde entonces, hasta su muerte, siguió mi carrera con simpatía, amistad y lisonjeras profecías.

Mi actividad burocrática, que desde el comienzo yo había considerado como un expediente provisional para salir del paso, terminó al cabo de un año. Con ayuda de un abogado que aconsejaba a mi madre y que había cobrado

confianza en mí, conquisté la libertad. De acuerdo con él declaré que quería hacerme «periodista»; me inscribí, pues, como oyente, en los centros de estudios superiores de Múnich, en la Universidad y el Politécnico, matriculándome en cursos que parecían aptos para prepararme, en general, para aquella profesión un tanto imprecisa: clases de historia, de economía política, de historia del arte y de la literatura. A ellas asistí de modo regular durante algún tiempo y no dejé de sacar algún provecho. Me interesó especialmente el curso sobre «Poesía épica cortesana», que daba entonces en el Politécnico el poeta y traductor del alto alemán medio Wilhelm Hertz.

Aunque yo no era en rigor un estudiante universitario, vivía como tal, y así conocí, en la sala de lectura de la universidad, a algunos miembros de la Asociación Teatral Universitaria, pasando a formar parte de una tertulia de café de gente joven con aspiraciones teatrales y poéticas, entre las cuales yo gozaba de un cierto prestigio como autor de *Caída*. Con el que yo más charlaba, entre todos los compañeros, era con un joven jurista del norte de Alemania apellidado Koch; era un muchacho inteligente, que más tarde ingresó en la administración, llegó a ser alcalde-presidente de Kassel y desempeñó un papel destacado en política con el nombre de Koch-Weser. Después de la revolución fue ministro del interior del Reich y todavía hoy es jefe del Partido Democrático de Alemania. También aparecían ocasionalmente por aquella tertulia juvenil escritores y poetas conocidos, como O. E. Hartleben, Panizza, J. Schaumberger, L. Scharf, el viejo Heinrich von Reder. El acontecimiento capital durante el tiempo en que pertencí a este grupo fue el estreno alemán de *El pato silvestre*, de Ibsen, representado por nuestra Asociación, bajo la dirección de Emst von Wolzogen; un público conservador exteriorizó su protesta, pero fue un éxito literario. El mismo Wolzogen representó el papel del



viejo Ekdal; el escritor Hans Olden, el de Hjalmar, y yo, vestido con el abrigo de pieles y con las gafas de Wolzogen, el del mercader Werle. En posteriores encuentros, el autor de *La liga de los jóvenes* me decía, sin duda bromeando, que me había «descubierto».

Mi hermano Heinrich, cuatro años mayor que yo, que luego escribiría novelas destacadísimas y que han ejercido un influjo inmenso, vivía entonces en Roma, «a la expectativa», igual que yo, y me propuso que me reuniera con él. Realicé el viaje y juntos pasamos —cosa que pocos alemanes hacen— un prolongado y ardiente verano italiano en una pequeña ciudad de los montes Sabinos, Palestrina, ciudad natal del gran músico. El invierno, en que alternaban los días de cortante tramontana con los de bochornoso siroco, lo pasamos en la Ciudad Eterna, viviendo como subarrendados en casa de una buena señora que en la Vía Torre Argentina poseía un piso, con el suelo de piedra y sillas de enea. Para las comidas éramos clientes de un pequeño restaurante llamado Genzano, que luego no he vuelto a encontrar, y donde había buen vino y exquisitas *croquette di pollo*. Por las noches jugábamos al dominó en un café y bebíamos ponche entretanto. No teníamos trato con nadie. En cuanto oíamos hablar alemán salíamos huyendo. Considerábamos Roma como refugio de nuestra existencia anómala, y yo al menos no vivía allí por amor al sur, que en el fondo no me gustaba, sino sencillamente porque en mi patria no había todavía sitio para mí. Las impresiones estéticas e históricas que aquella ciudad puede ofrecer las acogí con respeto, pero sin tener el sentimiento de que afectasen a mis asuntos ni de que pudieran serme de utilidad inmediata. Las esculturas antiguas del Vaticano me atraían más que las pinturas del Renacimiento. El *Juicio final* me conmovió, pues lo vi como apoteosis de mi estado de ánimo, completamente antihedonista, pesimista-moralista. Prefería visitar San Pedro

cuando celebraba misa, con una humildad llena de pompa, Rampolla, el cardenal secretario de Estado. Era una personalidad extraordinariamente decorativa, y por razones estéticas lamenté que motivos diplomáticos impidieran su elevación al pontificado.

Nuestra madre, que disfrutaba la renta de una fortuna burguesa media, cuyos herederos, según el testamento, éramos los hijos, nos entregaba cada mes a los hermanos ciento sesenta o ciento ochenta marcos; y este dinero, que merced al cambio italiano resultaba aún mejor, significaba mucho para nosotros: la libertad social, la posibilidad de «esperar». Como nuestras pretensiones eran modestas, podíamos hacer todo lo que quisiéramos, y lo hacíamos. Mi hermano, que al principio hubiera deseado ser pintor, dibujaba mucho por aquel entonces. Yo devoraba literatura escandinava y rusa, envuelto en la humareda de incontables cigarrillos de tres céntimos, y escribía. Los éxitos que poco a poco fueron llegando me alegraron, pero sin sorprenderme. Mi estado de ánimo era una mezcla de indolencia, mala conciencia burguesa y la seguridad de que en mí había talentos latentes. Una carta de Ludwig Jakobowski, que entonces dirigía en Leipzig la revista *La sociedad*, y al que yo había enviado una novela corta, comenzaba con esta exclamación: «¡Qué hombre de talento es usted!». Yo me reía de su asombro, que, de manera extraña, me parecía ingenuo.

Más importante fue el hecho de que la editorial Fischer, de Berlín, aceptase un relato mío, terminado ya en Múnich y titulado *El pequeño señor Friedemann*. Oskar Bie, director de la revista *Nueva Revista Alemana*, me escribió interesado, invitándome a enviar a la editorial todo lo que tuviese. Mientras yo residía aún en Roma apareció mi primer libro, un pequeño volumen de novelas cortas, que llevaba como título el de aquel relato. Así pude ver-«me» en los escaparates de las librerías romanas.

Ya en Palestrina, después de minuciosos preparativos, había comenzado a escribir *Los Buddenbrook*. Sin creer mucho en las posibilidades prácticas de la empresa, con aquella paciencia que me imponía mi lentitud innata, una flema que acaso habría que llamar, con más propiedad, nerviosismo refrenado, proseguí la narración en la Vía Torre Argentina. Y así, cuando después de un año aproximadamente de ausencia volví a Múnich, llevaba conmigo un manuscrito que había aumentado de un modo inquietante. Al principio me alojé en casa de mi madre, y más tarde viví en pequeños pisos de soltero, que amueblé en parte con piezas familiares y en parte, también, de modo personal. Con el manuscrito de *Los Buddenbrook* abierto sobre mi mesa extensible, solemnemente recubierta de tela verde, pasé días enteros mientras, de rodillas, pintaba de rojo sillones de mimbre que había comprado sin pintar. Un piso bohemio de ese tipo lo describí en la novela corta *El armario de ropa*, escrita en la Marktstrasse de Schwabing y publicada en la *Nueva revista Alemana*.

Korfiz Holm, a quien conocía y con quien mantenía amistad desde los tiempos de Lübeck, en donde él, de origen báltico, había estudiado bachillerato, pertenecía en aquella época a la editorial Langen, cuyo dueño vivía en el extranjero, lo mismo que Wedekind, perseguido por ofensas a su majestad. En una ocasión en que me encontré con Holm, éste me sacó de la calle y me dio un empleo en la redacción del semanario *Simplicissimus* con un sueldo de cien marcos al mes. Allí, en los elegantes despachos de la Schackstrasse, trabajé aproximadamente un año, como lector y como corrector, hasta que Langen, desde París, suprimió aquel puesto. Mi tarea consistía en hacer una primera selección entre los manuscritos de las novelas cortas que llegaban al *Simplicissimus* y esperar que la autoridad superior, el doctor Geheeb, hermano del pedagogo rural, adoptase la última

decisión sobre mis propuestas. Esta actividad me agradaba. A mí me gustaba aquella revista; desde el principio la había considerado mucho mejor que *La juventud*, de Georg Hirth, cuya vivacidad me parecía pedantesca, y me había alegrado mucho cuando, ya en dos de sus primeros números, se publicó una juvenil narración mía, *La voluntad de felicidad*, cuyos honorarios me había pagado con monedas de oro el joven Jakob Wassermann. El espíritu de la revista fundada por Langen, sus caricaturas literarias, su humor pesimista y fantástico, todo eso lo habíamos anticipado en cierto modo mi hermano y yo en un libro ilustrado que con especial aplicación habíamos compuesto en Palestrina y que, con absoluta falta de tacto, habíamos regalado a nuestra segunda hermana con motivo de su confirmación. Unos pocos dibujos, de imperfecta y cómica ejecución, debidos a mi pluma, han sido dados a conocer al público con ocasión de cumplir yo los cincuenta años.

Así pues, mis relaciones con aquella extraordinaria revista no dejaban de poseer una legitimidad interna. Mientras trabajé en su redacción, fui colaborador directo. Allí se publicaron por vez primera varias de mis novelas cortas, por ejemplo, *El camino del cementerio*, y otras que no he recogido en mis *Obras*, e incluso una poesía navideña. *El camino del cementerio* gustó de modo especial a Ludwig Thoma, que ya entonces estaba vinculado al *Simplicissimus* y a su editorial. Mayor resonancia todavía tuvo, entre Langen y los suyos, mi trabajo tan subjetivo sobre Schiller titulado *Hora difícil*, que escribí para el *Simplicissimus* con motivo del primer centenario de la muerte del poeta. Me causaron sorpresa y me conmovieron los elogios cálidos y serios que el poeta popular de la Alta Baviera tributó a este pequeño trabajo de un escritor que era mucho más joven que él y cuya orientación era tan diferente de la suya. Por mi parte, siempre me han gustado y he admirado de todo corazón